



Capítulo III

EL MUNDO COMO INDICIO

“Sin duda no vio usted sino una simple franja de barro pisoteado; pero a mis ojos expertos cada marca transmitía un mensaje pleno de contenido”

—Arthur Conan Doyle, Estudio en escarlata

Los acontecimientos que nos obligan a sentipensar

Las conversaciones sobre las huellas, las estatuas y los libros continuaban recorriendo Terranova. Las preguntas aparecían en los refugios, durante las expediciones y en los momentos más inesperados del día. Bastaba que alguien recordara un detalle o propusiera una nueva relación entre los acontecimientos para que la búsqueda recuperara impulso. La fuerza de aquella experiencia provenía del misterio que envolvía la historia y de los acontecimientos que alteraban la comprensión de las exploradoras y los exploradores respecto al mundo que habitaban. Durante la investigación los llamé hechos sorprendentes.

Los hechos sorprendentes poseían una cualidad particular: introducían una fisura en la trama de sentido desde la cual las niñas y los niños interpretaban la realidad. Hasta ese momento existía una historia compartida que ofrecía orientación: los personajes habitaban la Isla de la Fantasía, los territorios

conservaban cierta estabilidad y los acontecimientos podían comprenderse a partir de las experiencias vividas anteriormente. Los hechos sorprendentes alteraban ese equilibrio, al irrumpir en la experiencia, producían una tensión entre lo que se esperaba encontrar y aquello que efectivamente aparecía ante los ojos de la comunidad.

La visita a la Isla de la Fantasía constituye un buen ejemplo de ello. Las exploradoras y los exploradores llegaron esperando encontrarse con los personajes que conocían desde tiempo atrás. En lugar de ello encontraron un territorio silencioso, poblado de ausencias. Más tarde, las marcas observadas en los árboles condujeron al hallazgo de un paquete cuidadosamente oculto entre las ramas más altas. Allí aparecieron las estatuas y los libros. Días después surgieron las huellas grises en los refugios. Ninguno de estos acontecimientos podía incorporarse fácilmente a la historia que el grupo conocía hasta entonces; cada uno introducía nuevas preguntas y obligaba a reorganizar las explicaciones disponibles. La potencia de estos hechos residía precisamente en su capacidad para producir una ruptura del verosímil.

Toda comunidad construye una comprensión compartida acerca de cómo funciona el mundo que habita. Esa comprensión no se encuentra escrita en ninguna parte; se teje lentamente a través de las experiencias, los relatos y las relaciones que se construyen en común. Gracias a ella podemos anticipar lo que resulta posible, probable o esperable. Las exploradoras y los exploradores también habían construido ese horizonte de sentido, conocían los personajes, los territorios y las historias que conformaban Terranova. Los hechos sorprendentes desplazaban esas coordenadas y abrían un espacio de incertidumbre donde las explicaciones habituales ya no alcanzaban para comprender lo que estaba ocurriendo.

Lo que más me interesó de este proceso fue observar que la ruptura del verosímil no desembocaba en confusión o desinterés; por el contrario, parecía despertar una intensa actividad emocional y cognitiva. Las niñas y los niños observaban con más atención, conversaban durante más tiempo, regresaban una y otra vez sobre los mismos acontecimientos e intentaban

establecer relaciones entre indicios que hasta entonces parecían inconexos. El misterio había impulsado el deseo de comprender desde un lugar de apertura sensible.

La desaparición de los personajes provocó preocupación. Muchas exploradoras y exploradores querían saber dónde estaban, qué les había sucedido y si se encontraban bien. El hallazgo de las estatuas despertó asombro, su presencia en la copa de un árbol parecía tan inesperada como fascinante. Las huellas grises generaron inquietud y curiosidad. ¿Quién las había dejado? ¿Por qué aparecían precisamente en los refugios? ¿Qué relación guardaban con todo lo demás? En algunas niñas y niños comenzó a aparecer también algo cercano al temor: las huellas parecían anunciar la presencia de alguien desconocido y los personajes seguían sin aparecer. El territorio que hasta entonces había resultado familiar comenzaba a contener zonas de incertidumbre que no podían ser controladas. Más adelante, cada nueva pista producía entusiasmo, expectativa y, en ocasiones, una sensación de urgencia por comprender aquello que estaba ocurriendo.

Estas emociones no permanecían aisladas de la actividad intelectual. Por el contrario, parecían ponerla en movimiento en tanto la preocupación por los personajes impulsaba nuevas búsquedas. El asombro ante las estatuas llevaba a examinar estas cuidadosamente. La inquietud despertada por las huellas motivaba conversaciones, observaciones y comparaciones. Incluso el temor alimentaba el deseo de comprender, porque nombrar no consiste únicamente en poner un nombre a lo que sucede: significa descubrir las relaciones que enlazan unos acontecimientos con otros hasta que la experiencia comienza a revelar un sentido compartido. Al encontrar una imagen y una palabra, aquello que nos afecta encuentra un lugar en la vida psíquica. El misterio permanece, pero la relación con él se transforma. En las exploradoras y exploradores, cada nuevo descubrimiento producía nuevas emociones, y esas emociones alimentaban nuevas preguntas. Una vez más constatábamos que emoción y pensamiento no transitaban caminos separados sino que formaban parte de un mismo proceso que se desplegaba en espiral.

Las exploradoras y los exploradores investigaban porque estaban intrigados, emocionados, preocupados o fascinados. Y cuanto más investigaban, más se intensificaba su implicación afectiva con la historia. El conocimiento no avanzaba a pesar de la emoción, sino a través de ella. La sorpresa abría la experiencia, la intensidad emotiva sostenía la búsqueda y el pensamiento intentaba construir sentido allí donde las explicaciones conocidas habían perdido su capacidad de orientar.

Los hechos sorprendentes poseen una potencia pedagógica tan singular que más que transmitir respuestas, crean las condiciones para que surja una necesidad genuina de comprender. Y cuando esa necesidad aparece, el pensamiento comienza a moverse de una manera difícil de obtener mediante cualquier explicación previamente elaborada. En Terranova, las huellas, las estatuas, los libros y las ausencias estaban haciendo exactamente eso: enseñaban a las exploradoras y los exploradores que toda búsqueda de conocimiento nace cuando algo nos afecta lo suficiente como para no poder dejar de preguntarnos por ello.

Cuando el mundo deja de ser evidente

Desde que encontramos deshabitada la Isla, los árboles eran observados con una atención renovada y las conversaciones regresaban una y otra vez sobre los mismos acontecimientos. Un detalle que antes habría pasado inadvertido, de pronto adquiría importancia; una observación realizada durante una expedición reaparecía días después en una asamblea; las hipótesis formuladas en un refugio viajaban hacia los otros y volvían transformadas por nuevas preguntas. Era como si el territorio hubiera ganado profundidad, como si bajo la superficie visible de las cosas comenzara a insinuarse una historia todavía desconocida.

Existe una experiencia que distintas tradiciones han intentado nombrar de diversas maneras. Los formalistas rusos hablaron de extrañamiento para referirse a esos momentos en los que la percepción abandona la familiaridad de la costumbre y las cosas recuperan una intensidad que parecía perdida. Julio Cortázar (1982), por su parte, encontró en lo fantástico una de las

expresiones más fecundas de ese mismo fenómeno. Aunque proceden de tradiciones intelectuales diferentes, ambas perspectivas señalan una experiencia semejante: hay ocasiones en las que el mundo deja de coincidir plenamente con las explicaciones que tenemos sobre él y, precisamente por eso, recupera su capacidad de sorprendernos. Lo interesante es que aquello que se vuelve extraño no siempre pertenece a un territorio desconocido. Con frecuencia son los escenarios más familiares los que comienzan a mostrar una grieta inesperada. Lo cotidiano permanece allí, reconocible y cercano, pero algo altera silenciosamente la manera en que lo comprendemos. Cortázar señalaba que lo fantástico no implica necesariamente la aparición de seres extraordinarios ni el ingreso a mundos paralelos. Puede manifestarse cuando un pequeño acontecimiento introduce una duda en el orden habitual de la realidad y nos obliga a reconocer que nuestras explicaciones ya no alcanzan del todo para comprender lo que ocurre.

En esos momentos la realidad adquiere espesor. Los detalles comienzan a llamar nuestra atención, las preguntas se multiplican, y aquello que parecía completamente conocido vuelve a presentarse como un misterio. La experiencia cotidiana deja de ser transparente y recupera una profundidad que la costumbre había vuelto invisible. Algo de eso parecía estar ocurriendo en Terranova. Las huellas, las estatuas, los libros encontrados en la Isla de la Fantasía y la desaparición de los personajes habían introducido una pequeña fisura en la trama de sentido que hasta entonces organizaba la experiencia de las exploradoras y los exploradores. El territorio seguía siendo el mismo, pero comenzaba a ser habitado de otra manera.

Antes de producir respuestas la experiencia de extrañamiento genera atención, despierta preguntas y convoca una forma particular de sensibilidad capaz de percibir que el mundo podría ser más amplio, más complejo y más misterioso de lo que imaginábamos. En Terranova lo extraño no provenía de haber ingresado a un territorio desconocido; las exploradoras y los exploradores conocían bien aquellos senderos, habían construido sus refugios, explorado los alrededores y tejido innumerables historias en ese

mismo lugar. Lo que comenzaba a resultar extraño era aquello que hasta entonces había parecido familiar y ahora se convertían en hechos sorprendentes. Si bien Terranova seguía siendo Terranova y los refugios continuaban en su lugar, algo había alterado las coordenadas desde las cuales la comunidad comprendía lo que estaba ocurriendo. Hasta entonces existía una cierta estabilidad narrativa que ofrecía verosimilitud a lo que vivíamos en Terranova; como ocurre en toda comunidad humana, las niñas y los niños habían construido una versión compartida del mundo que les permitía orientarse y anticipar lo que podía suceder. Sin embargo, la desaparición de los personajes interrumpió esa continuidad. De pronto las explicaciones disponibles dejaron de ser suficientes, provocando una extraordinaria actividad investigativa.

Las exploradoras y los exploradores observaban los rostros, las expresiones y los detalles de las estatuas que comenzaban a circular entre los refugios. Intentaban descubrir quiénes eran, de dónde provenían y qué relación podían guardar con los acontecimientos recientes. Algo semejante ocurrió con los libros: sus páginas comenzaron a ser recorridas con una atención distinta a la de una lectura habitual. Ese interés los llevó a querer conquistar con prontitud el dominio de esas letras, para ser ellas y ellos mismos quienes las leyeran. Buscaban pistas, personajes, acontecimientos o fragmentos que pudieran relacionarse con lo que estaba sucediendo en Terranova. Las historias dejaban de ser únicamente historias para convertirse en posibles mapas que les orientaran dentro de un territorio que se había vuelto incierto.

Las huellas grises también fueron observadas con insistencia. Las seguían con la mirada, las contaban, comparaban y medían, discutían su procedencia, trazaban recorridos e intentaban comprender qué o quién podía haberlas dejado allí. Los distintos acontecimientos empezaban a conectarse entre sí; lo que había ocurrido en la Isla de la Fantasía parecía guardar alguna relación con los libros, las estatuas y las marcas que ahora aparecían en los refugios, pero todavía nadie sabía cuál era esa relación y cada vez resultaba más difícil pensar que se trataba de hechos aislados.

Sin embargo, antes de convertirse en objetos de análisis aquellas huellas ya estaban produciendo algo importante en la experiencia de las exploradoras y los exploradores. Su presencia alteraba la atmósfera del territorio, las conversaciones regresaban sobre los mismos acontecimientos; la atención parecía reorganizarse alrededor de detalles que días atrás habrían pasado inadvertidos. Algo de lo que estaba ocurriendo reclamaba ser mirado con detenimiento y la comunidad comenzaba a responder a ese llamado.

Katya Mandoki (2006) propone que existe una dimensión estética de la experiencia, una apertura sensible mediante la cual somos afectados por aquello que acontece. Nuestra relación con el mundo no se construye únicamente a través de conceptos o interpretaciones; antes de comprender, sentimos. Algo nos inquieta, nos conmueve o despierta nuestra curiosidad. El cuerpo registra una intensidad y, sólo después, comenzamos a buscar palabras, explicaciones o hipótesis capaces de darle sentido.

Las exploradoras y los exploradores parecían habitar precisamente esa disposición dado que la desaparición de los personajes producía preocupación. Las huellas despertaban curiosidad y, en ocasiones, algo cercano al temor. El hallazgo de las estatuas generaba asombro, y de ese modo permitía que cada nueva pista alimentara la expectativa y elevara el deseo de comprender qué estaba ocurriendo en Terranova. Las emociones y las preguntas comenzaban a entrelazarse en un mismo movimiento. La inquietud llevaba a observar con mayor atención, el asombro impulsaba nuevas búsquedas, la curiosidad sostenía la investigación, y cada hallazgo producía a su vez nuevas emociones que reabrían el ciclo.

Considero que una parte fundamental del aprendizaje ocurre allí. Cuando el mundo deja de coincidir plenamente con nuestras explicaciones, recupera su capacidad de afectarnos. Aquello que la costumbre ha vuelto transparente vuelve a adquirir densidad. Los detalles llaman nuestra atención, las preguntas regresan y la realidad comienza a mostrarse nuevamente como un territorio por explorar, es como si aprendiéramos a mirar otra vez.

Las exploradoras y los exploradores todavía no sabían qué significaban las huellas ni qué había ocurrido con los habitantes de la Isla de la Fantasía. Sin embargo, algo ya se encontraba en movimiento. El misterio había transformado la manera de percibir el territorio y había despertado una necesidad genuina de comprender. Antes de que aparecieran las primeras grandes hipótesis, antes incluso de que los indicios comenzaran a organizarse en explicaciones más complejas, una forma particular de relación con el conocimiento ya estaba emergiendo: aquella en la que emoción y pensamiento se alimentan mutuamente y donde toda búsqueda comienza porque algo nos ha afectado lo suficiente como para sostener las preguntas.

Pensar con indicios

Cuando el mundo dejó de ser evidente, Terranova comenzó a pedir otra forma de atención. Lo que antes podía pasar inadvertido comenzó a sentirse importante. Una marca en un tronco, un objeto tirado en el camino, una huella cerca del lugar donde se resguardaba una estatua o una escena encontrada en un libro podían convertirse en señales de una historia mayor, ese fue el paso decisivo. La sorpresa había abierto la experiencia. La inquietud, la curiosidad y el temor habían sostenido la búsqueda. Ahora las exploradoras y los exploradores comenzaban a hacer algo más complejo: intentaban relacionar los indicios entre sí. Ya no se trataba sólo de preguntarse dónde estaban los personajes o quién había dejado las huellas: el desafío era comprender cómo cada acontecimiento podía estar vinculado con los demás.

Poco a poco comenzó a instalarse la sospecha de que todos aquellos acontecimientos formaban parte de un mismo misterio; nadie lograba explicarlo todavía, pero cada nueva pista parecía señalar en esa dirección. Esos acontecimientos no quedaron como datos aislados; se volvieron el punto de partida de una investigación. Uno de los exploradores lo nombraba con una claridad preciosa: "Están pasando cosas que nunca habían sucedido en la Isla de la Fantasía". Otra niña, por su parte, intentaba comprender si el tesoro había sido escondido por los mismos personajes. Allí comenzaba ya

una forma de pensamiento que no esperaba tener toda la información para ponerse en marcha; las exploradoras y los exploradores trabajaban con fragmentos.

Los espacios destruidos de la isla, los objetos de los personajes dispersos por el territorio y las huellas grises que comenzaron a aparecer cerca de los lugares donde se resguardaban los tesoros fueron reuniéndose poco a poco en una misma explicación. Las exploradoras y los exploradores empezaron a sospechar que alguien había atacado la Isla de la Fantasía y que ese alguien podía estar relacionado con los Hombres Grises, personajes que ya habían conocido en Momo y cuya historia comenzaron a leer con una especie de devoración. Cada capítulo parecía ofrecer nuevas claves para comprender lo que estaba ocurriendo en Terranova y, a medida que avanzaban en la lectura los acontecimientos del territorio empezaban a iluminarse mutuamente.

Las estatuas introdujeron nuevas preguntas, aunque ya las niñas y los niños reconocían que se trataba de figuras indígenas por las investigaciones que trajeron desde sus casas. Algunas exploradoras y exploradores imaginaban que podían pertenecer a cuentos que todavía no conocían, o a una historia más antigua que permanecía oculta. En lugar de apresurarse a resolver la contradicción incorporaron esa tensión a la investigación; las distintas posibilidades permanecieron abiertas, coexistiendo unas junto a otras mientras aparecían nuevos elementos para pensar.

Aquello resulta especialmente significativo porque muestra una característica fundamental de la lógica abductiva. Los indicios no hablan por sí mismos; una huella aislada, una estatua encontrada en un árbol o un objeto abandonado en la isla dicen muy poco cuando se observan de manera independiente. Su potencia emerge cuando comienzan a relacionarse entre sí y pasan a formar parte de una trama más amplia. Los exploradores y exploradoras parecían comprender esto de manera intuitiva, no buscaban el significado de cada pista por separado; intentaban descubrir la historia capaz de reunirlos; cada nuevo acontecimiento reorganizaba el sentido de los anteriores y cada nueva hipótesis permitía establecer conexiones que antes

permanecían invisibles. El pensamiento avanzaba entonces como una labor paciente de tejido, donde comprender significaba, ante todo, aprender a relacionar.

Cada elemento necesitaba ser leído, comparado, discutido, puesto en relación con otros acontecimientos, y esa lectura no era solitaria, ocurría en conversación, en asamblea, en los refugios, en el ir y venir de una hipótesis que pasaba de una voz a otra hasta transformarse. Umberto Eco (1983) señala que los indicios poseen la condición singular de que nunca entregan una historia completa, aparecen como fragmentos, rastros o señales cuya importancia sólo puede comprenderse cuando alguien logra relacionarlos dentro de una explicación posible. Interpretar un indicio implica imaginar una conexión entre acontecimientos que todavía no muestran con claridad su vínculo. En Terranova, las niñas y los niños hacían eso mismo; las huellas, los libros, las estatuas y la desaparición de los personajes dejaron de ser acontecimientos aislados para convertirse en piezas de una trama que intentaban reconstruir colectivamente.

Charles Sanders Peirce, filósofo y lógico norteamericano de finales del siglo XIX y comienzos del XX, llamó abducción a esta forma de pensamiento que surge cuando intentamos explicar un hecho inesperado a partir de los indicios disponibles (Peirce, 1903/2003). Ante algo que desconcierta, imaginamos una explicación capaz de volverlo comprensible; esa explicación todavía no es una certeza, es una conjetura razonable que permite seguir buscando. La lógica abductiva aparece precisamente cuando los niños y las niñas empiezan a resolver los misterios relacionando huellas, libros, estatuas, personajes y Hombres Grises en una red cada vez más compleja. Lo más bello es que aquellas conjeturas no eran simples ocurrencias sino construcciones simbólicas.

Las conjeturas crecían, se transformaban y encontraban nuevos apoyos a medida que aparecían más señales. Lo importante no consistía en alcanzar rápidamente una respuesta correcta, sino en sostener una relación activa con aquello que todavía permanecía oculto. Pensar significaba seguir las huellas

de una pregunta y permitir que cada nuevo hallazgo reorganizara el sentido de la historia que estaban intentando comprender. Así, pensar con indicios no consistía únicamente en adivinar qué había pasado, era aprender a habitar una realidad incompleta sin clausurarla demasiado rápido, reconocer que los fragmentos podían guardar una relación secreta, atreverse a imaginar una explicación, revisarla, ampliarla o abandonarla cuando nuevos acontecimientos lo exigían; en ese movimiento, la imaginación hacía posible el conocimiento; las exploradoras y los exploradores pensaban creando y creaban pensando. La sorpresa inicial había abierto una grieta en el mundo conocido, pero la lógica abductiva permitió comenzar a tender puentes sobre esa grieta. Cada conjetura era una forma de atravesar lo desconocido sin destruir su misterio, cada indicio leído colectivamente convertía la incertidumbre en búsqueda.

Umberto Eco (1983) encuentra en Sherlock Holmes una de las imágenes más potentes para comprender este tipo de razonamiento. El detective no accede directamente a la verdad de los acontecimientos; trabaja con rastros, detalles aparentemente insignificantes, huellas, objetos fuera de lugar y pequeñas anomalías que otras personas suelen pasar por alto. Su capacidad no reside en poseer información privilegiada, sino en establecer relaciones entre signos dispersos hasta construir una explicación capaz de volver inteligible aquello que parecía misterioso.

Lo mismo puede decirse de Terranova: las exploradoras y los exploradores no contaban con una visión completa de lo que estaba sucediendo. Disponían de fragmentos y a partir de esos rastros comenzaron a construir conjeturas, revisarlas, transformarlas y complejizarlas. Como los detectives de las historias que tanto fascinan a niñas y niños, aprendían que comprender no consiste en encontrar respuestas ya dadas, sino en desarrollar la sensibilidad necesaria para leer los signos que el mundo deja a nuestro paso. Mientras intentaban resolver el misterio de Terranova aprendían que el conocimiento no siempre nace de las certezas, sino de la capacidad de permanecer junto a una pregunta el tiempo suficiente para que los indicios comiencen

lentamente a revelar una historia posible. Donde otros veían únicamente huellas, libros o estatuas, ellas y ellos comenzaban a percibir relaciones; y en esos modos —tan cercanos al detective, al científico y al narrador— el pensamiento se convertía en una forma de exploración del mundo.

El conocimiento como aventura

Las exploradoras y los exploradores aprendieron muchas cosas durante el recorrido: investigaron sobre las estatuas, se aproximaron a relatos literarios que antes desconocían y bajo este pretexto empezaron a dominar el código convencional de la escritura, formularon hipótesis, observaron con atención, construyeron explicaciones colectivas y desarrollaron formas cada vez más complejas de argumentar sus ideas. Sin embargo, ninguna de estas adquisiciones logra capturar por completo lo que considero el aprendizaje más profundo de la experiencia: lo que estaba en juego era una determinada relación con el conocimiento.

Durante buena parte de la escolaridad el conocimiento suele presentarse como un territorio previamente cartografiado; las respuestas parecen existir antes que las preguntas, los caminos ya han sido trazados y la tarea consiste en recorrerlos correctamente. En ese escenario, aprender puede llegar a confundirse con encontrar aquello que otras personas ya saben, pero Terranova proponía una experiencia diferente. Las exploradoras y los exploradores no sabían qué estaba ocurriendo, nadie podía ofrecerles una explicación acabada sobre las huellas, la desaparición de los personajes o el origen de las estatuas. Lo que existía era un conjunto de indicios dispersos, una serie de acontecimientos sorprendentes y una pregunta que permanecía abierta. La experiencia no invitaba a repetir una respuesta conocida, sino a participar activamente en la construcción de sentido.

Sin embargo, la incertidumbre no pertenecía únicamente a las niñas y los niños. El equipo de profesionales que acompañaba la travesía también habitaba una zona de búsqueda. Habíamos construido un marco narrativo, diseñado algunas provocaciones iniciales y creado ciertas condiciones para

HABITAR EL MISTERIO

que la historia pudiera desplegarse, pero desconocíamos muchas de las formas concretas que asumiría el recorrido. Cada nueva conjetura formulada por las exploradoras y los exploradores nos obligaba a pensar; cada interpretación abría posibilidades que no habíamos previsto; cada indicio reorganizaba, en alguna medida, las rutas posibles de la experiencia.

Con frecuencia nos encontrábamos analizando conversaciones, observaciones y producciones de las niñas y los niños para intentar comprender hacia dónde se estaba desplazando el misterio y qué nuevas provocaciones podían sostener la búsqueda. No se trataba de improvisar, pero tampoco de ejecutar un plan cerrado. Existía una pregunta inicial - ¿qué pasó en la Isla de la Fantasía?-, algunos gestos inaugurales y una disposición permanente a escuchar aquello que la propia experiencia iba produciendo. La historia crecía en ese intercambio continuo entre las hipótesis de las exploradoras y los exploradores y las nuevas situaciones que intentábamos ofrecer para alimentar la investigación. Las preguntas infantiles se convertían en parte de la fuerza creadora que la transformaba. Por eso Terranova se parecía mucho más a una expedición que a una lección, nadie disponía de un mapa completo. Todas y todos avanzábamos leyendo señales, interpretando rastros y tratando de descubrir qué historia comenzaba a revelarse a través de las huellas que iban apareciendo en el camino.

Quien emprende una expedición sabe que existe algo por descubrir, pero desconoce la forma exacta que tendrá aquello que encontrará. Avanza leyendo señales, observando el entorno, interpretando rastros y modificando el rumbo cuando aparecen nuevos elementos; ninguna exploración auténtica transcurre siguiendo un mapa completo, por lo general se construye mientras se camina.

Las exploradoras y los exploradores aprendieron precisamente que el mundo puede ser leído, que los acontecimientos guardan relaciones que no siempre resultan visibles a primera vista, que las preguntas poseen una extraordinaria capacidad para organizar la atención y sostener la búsqueda. Además,

aprendieron que las hipótesis no son errores a corregir sino herramientas para pensar, que las explicaciones se transforman cuando aparecen nuevos indicios y lo que más nos interesaba como equipo propiciar: que aprendieran que el conocimiento es una construcción colectiva.

Ninguna de las grandes hipótesis que circularon en Terranova nació de una única persona; las explicaciones se tejían en conversación. Una observación realizada durante una expedición encontraba continuidad en una idea propuesta por otra exploradora días después. Una pregunta formulada en un refugio regresaba transformada tras pasar por múltiples voces. Los indicios circulaban, las hipótesis se modificaban y las comprensiones se ampliaban a través del encuentro. Pensar se parecía menos a una actividad individual que a una obra colectiva de creación.

Mientras escribo estas páginas me acompaña una autora a quien conocí recientemente, pero cuyas reflexiones parecen dialogar profundamente con lo que ocurrió en Terranova. Ella es bell hooks (2021), quien sostiene que la educación cobra profundidad cuando las personas pueden implicarse plenamente en aquello que estudian. Aprender supone participar, arriesgar preguntas, construir relaciones y dejarse transformar por el encuentro con algo que todavía no comprendemos del todo. Al leerla, no puedo evitar regresar a las exploradoras y los exploradores siguiendo las huellas del misterio. Vuelvo a verlos observando atentamente una marca en el suelo, discutiendo durante días una misma hipótesis, regresando a los libros para buscar nuevas pistas o intentando comprender qué había sucedido con los habitantes de la Isla de la Fantasía. Nadie investigaba porque debía hacerlo, nadie formulaba hipótesis para responder una evaluación o para satisfacer una expectativa adulta. Las exploradoras y los exploradores investigaban porque el misterio se había vuelto significativo para sus vidas; las preguntas les importaban, los acontecimientos los afectaban. Las respuestas que buscaban no eran exteriores a su experiencia, sino parte de una historia que sentían propia, las conversaciones continuaban mucho después de terminadas las actividades y las hipótesis reaparecían en los lugares más

HABITAR EL MISTERIO

inesperados. El conocimiento había dejado de ser algo que se recibe para convertirse en algo que se busca, se comparte y se construye en común.

Aprendemos con mayor profundidad aquello que logra convocarnos y que despierta nuestra curiosidad, nuestra inquietud o nuestro deseo de comprender, porque toda comprensión significativa requiere una forma de encuentro. Conocer supone dejarse afectar por una pregunta y permanecer junto a ella el tiempo suficiente para que algo nuevo pueda revelarse, lo cual es propio de una actitud simbólica. El conocimiento con frecuencia aparece como una invitación a recorrer senderos inciertos, a sostener preguntas abiertas y a confiar en que los indicios irán revelando poco a poco algo de la historia que todavía permanece oculta; así el conocimiento se constituye también en una forma de viajar.